

EDITORIAL

▶ EL RIESGO DEL TECNOCAPITALISMO MÉDICO

AUTOR:
DR. JORGE CARLOS TRAININI*

Correspondencia: jctrainini@hotmail.com

Excretado el espíritu –la esencia del ser– habría que entender al hombre como un acto puro de la mecánica. Geométrico. En el positivismo actual, en la evidencia desahucada, queda sujeto a un determinismo atroz que le niega el romanticismo de las emociones, de lo sensitivo. Fríos engranajes esperan al hombre que nace, lejos de los dioses y de los médicos. Razones abstractas lo han convertido en un prototipo. Ya no le quedan ni arrosos ni belleza, sólo la causa lineal.

¿Cómo puede el médico evadirse de la conciencia y del entorno, y abocarse a los órganos? ¿Cómo puede avanzar sobre la carne mórbida sin ampararse en la telaraña síquica del paciente, hilacha de sufrimientos, disyuntivas, fracasos? El facultativo que olvida ese contexto extravía el arte y su oficio. ¿Dónde está el hombre si no se le halla en su espíritu? La medicina tiene su heroicidad en lo íntimo de la consulta. En esa pequeñez anónima y asombrosa de restituir al hombre a la dimensión de su propio ser.

Poco queda en medicina de la emoción de los sacerdotes, de los asclepiades de los antiguos griegos, simplemente porque ellos avanzaban sobre lo inexplicable de la enfermedad. Entre la pura observación y el tendencioso positivismo, ese camino azaroso de revelar la inteligibilidad de la naturale-

za, parece haberse reclinado sobre la tecnología. Desde la ciencia pura imperante el arte se bate en retirada llevándose en sus alas los espíritus de los enfermos. El médico vocacional amparado en su consultorio, en el cual aún la tecnología es un accesorio y no el objeto, fenece rodeado de los actos de persuasión y alivio, ritos que quedaron exánimes por ser considerados obsoletos. Hoy todo es rápido como para escuchar al paciente o posar las manos en su cuerpo; los logotipos de la industria suelen danzar delante de él.

¿En qué lugar de la consulta quedó herumbrosa la esperanza y el afecto? ¿y el mismísimo dolor acucillado en el consuelo? El paciente regresa con su soledad tal como había llegado, desprovisto de que alguien entienda su biografía, su dolor íntimo, inexplicado, inconsolable, sujeto a las estadísticas que no contemplan sus características sino la tendencia de un todo. A veces ni siquiera lo recibe el mismo sanador a quien confió la magia de su problema. Ante el beneplácito y encanto de la evidencia el hombre enfermo pierde su individualidad, la entrega a los procedimientos y a la industria. Extraño raciocinio la de pensar que ganan todos y cada ser humano pierde. La industria ha aprovechado el positivismo de que una multitud de enfermos se hallen insertos en una misma ecuación terapéutica

*Director de la Revista Argentina de Cirugía Cardiovascular

pero ha olvidado que si no se trata a cada enfermo entendiendo sus emociones y su cultura, estaríamos intentando sanar curvas y parábolas, y no un paciente que ante el juicio médico tiene el riesgo de sobrellevar no sólo su enfermedad sino además el azar de la metodología y de lo técnico. Por eso de los sentimientos. Por eso del valor del hombre individual que observa desde el otro lado de la realidad que el médico cree ver.

La curiosidad del observador está en retirada. La integridad sico-física-social es dividida en especialidades desarticulando al hombre hasta la infinitud. Lo que se recreó como un progreso hoy ha roto el límite aceptable y el paciente es una materialidad de piezas sueltas. En ese desmonte hemos perdido el sentido del cuerpo y de la conciencia. La esencia malograda hace que tratemos segmentos orgánicos con la más pura invención tecnológica. Hemos interpretado al hombre con el sentido de una maquinaria proclive al cambio de sus piezas. Hemos omitido que la enfermedad es mucho más que órganos deteriorados. Que no basta sumar sus engranajes para constituir un ser, sino que con este criterio estamos expulsando al hombre de la materia que le dio origen.

Tampoco es limitado el daño de la tecnología cuando son excluidas de sus beneficios las clases más pobres y carenciadas. El médico no puede obviamente desdeñar la precisión diagnóstica, pero tampoco debe dejar de reflexionar en los recursos empleados, con la necesidad de que lleguen a todos, evitando ser un intermediario de tec-

nocracias y terapéuticas que impidan ver al paciente como un ente biológico e integral. El buen médico no participa del mercado, sólo lo fiscaliza. La precariedad de la existencia hace imprescindible que tome debida conciencia de que el costo sanitario sea partícipe a todos y no meras desviaciones en que unos pocos sean atendidos en salud y los que portan enfermedades carezcan de sustento.

Llegamos al punto que las industrias avizoran en la muerte una posibilidad de mercado. En esta inevitabilidad del progreso se trafican medicaciones que aseguran “un rato más” de existencia. Ese secreto inexpugnable, límite dramático de la historia humana ha sido fuente de misticismo, superstición y ahora de tráfico de intereses. Seguimos sin saber de la muerte, sin embargo jugamos con la dignidad que tiene el hombre de vivenciar su vida impidiendo que sea una mercancía. El juego diabólico de la industria en una salud que se compra en cuotas hace del último suspiro del enfermo un tráfico de dioses humanos entregados al beneficio de organismos que ya tienen el comportamiento de lo intangible.

En última instancia el único rasgo que ha permanecido indeleble en el comportamiento del antiguo chamán hasta el médico actual ha sido apelar al alivio del espíritu enfermo. Sus otras herramientas siempre mudaron periódicamente hasta ser declaradas inservibles, hayan sido creadas por el empirismo o por la técnica. La mejor forma para ser reconocido –como decía Albert Camus– es simple, “hay que decir quien se es”.